

La revolución telemática y el futuro de los servicios de información y documentación

Francisco Javier García Marco

Denominamos revolución telemática al impacto que la nueva infraestructura mundial de comunicación de la información —las redes telemáticas— está teniendo en la evolución de la civilización contemporánea y sus subsistemas económicos, sociales, políticos, culturales, etc. Aunque se trata de un fenómeno incuestionable, la interpretación de sus causalidades subyacentes está sujeta a un debate permanente. Nosotros compartimos la opinión de que no se trata de un proceso unidireccional, es decir, que no se puede afirmar simplistamente que los cambios en la infraestructura comunicacional sean su causa última. Antes al contrario, la revolución telemática ha sido posible gracias a la tendencia más amplia que conocemos con el nombre de globalización: el proceso de sincretismo e integración cultural que se produce bajo la hegemonía de las sociedades occidentales desde el siglo XVI, y que se caracteriza por la expansión del estado moderno, el comercio mundial, la industrialización y los derechos humanos, con todas las contradicciones que las interacciones entre estos factores implican.

Estamos, pues, ante un sistema de retroalimentaciones muy complejo en el que, sin embargo, es fácil constatar una consecuencia de gran importancia: la aceleración de los cambios en todos los estratos del sistema social. El flujo de la información que facilitan las redes telemáticas —sea mediante la comunicación o la publicación de contenidos— acelera la interacción entre culturas, instituciones, grupos sociales, tradiciones y personas, provocando mutaciones aceleradas en la estructura y dinámica de la vida social y personal.

En gran medida, se trata de un proceso de homeostasis, fruto de la integración de un nuevo sistema social mundial, cuya fin no podemos prever, pero que necesariamente tendrá el recorrido clásico de estos fenómenos y una duración limitada. Pero, además, hemos de considerar el cambio resultado de procesos emergentes fruto del surgimiento de la cibernética. Procesos que resultan en la actualidad en gran medida impredecibles; pero sobre los que la ciencia ficción y el arte nos proporcionan una comprensión intuitiva: cibercultura, efectos de la realidad virtual, tensiones integración-individuación, nuevos bloques y conflictos políticos, consecuencias de las biotecnologías y de la biónica, etc.

Este número contiene aportaciones muy importantes para comprender los efectos del nuevo contexto social y tecnológico en nuestro campo profesional. José López Yepes sitúa la reflexión en el ámbito de la antropología, constatando el papel central que la adquisición de información, ahora mediada por el documento electrónico, tiene en la caracterización del ser humano (*homo documentalis*); papel central que exige un nuevo profesional que le auxilie en esta función (*homo documentator*) cuando sus capacidades alcancen el límite. Moral nos proporciona la perspectiva cualificada de una investigadora educativa, y nos muestra como también los profesionales de la educación ven modificarse su perfil, acercándose a las labores de un documentalista en la medida en que la adquisición de información y la comunicación mediante las nuevas tecnologías son ya efectivamente parte ineludible del currículum formativo de todos los ciudadanos.

¿Cómo quedan en este contexto las bibliotecas y demás servicios de información y documentación? Román y Pioli ven en la situación enormes oportunidades para ese nuevo profesional de la información que señalaba Yepes, e indican los requisitos para el éxito: formación, investigación e interdisciplinariedad. En la línea de los nuevos perfiles profesionales, Agustín constata la inevitable emergencia de servicios de información y documentación públicos en Internet, cuya confusa terminología —biblioteca electrónica, digital, global, etc.— deslinda con precisión. Efectivamente, la Red es ya una enorme biblioteca, en donde, como no podría ser de otra manera, los catálogos ocupan un lugar central, y de los que Merlo nos proporciona un cualificado estado de la cuestión.

Pero la biblioteca sigue siendo también un espacio físico con futuro, como demuestra Gómez. La biblioteca pública no es un almacén de documentos, cuyo destino esté ligado al soporte físico, sino un centro comunitario cuya relevancia social no dejará de crecer a través de una conexión cada vez más eficaz con otros sistemas sociales —el educativo, el de animación cultural, etc.— y de su inherente carácter de espacio de encuentro. El fundamentado temor que Vizcarro muestra a la hegemonía de la función comercial en la Internet no hace sino abundar en la necesidad de una ‘bibliotecarización’ de las Redes públicas.

Por fin, Rodríguez nos anima a convivir con la complejidad —resultado inevitable de las características idiosincrásicas de la información, de las tecnologías y de su misma interacción— por medio de organizaciones orientadas al entorno, tolerantes a los fallos, arriesgadas, responsables, cooperativas, distribuidas y con capacidad, por tanto, de crear orden a partir del desorden.

En resumen, un magnífico conjunto de trabajos que muestran la vitalidad de la Biblioteconomía y Documentación en el mundo hispánico, y que argumentan con seriedad y pasión que la biblioteca y los servicios de documentación tienen ante sí un futuro brillante.